

MEDIDAS DE PROTECCIÓN

1º PREMIO.

J. Lorenzo Collado Gómez

Ilustrísimo Señor Juez, disculpe si el tratamiento no es el adecuado pero de esas cosas entiendo poco, y menos con los nervios que me atenazan en este momento.

Necesito de su saber y, sobre todo, de su autoridad para resolver el conflicto relacionado con el amor que abate mis ilusiones desde casi el mismo día en que me casé, y eso siendo benevolente con dar al primer día el beneficio de la duda.

Me casé por amor, necesitaba de los arrumacos de mi Manolo, de esa fuerza con la que me acariciaba y de esa maestría inigualable para hacer el amor en posiciones inverosímiles, porque entonces lo hacíamos retrepados en el interior del seiscientos.

Pasar por la vicaría tuvo un efecto demoledor en nuestra relación. No sólo dejamos nuestro nido de amor y sus apreturas en el cochecito, sino que por fin podíamos dar rienda suelta a nuestro deseo en una cama de dos cuerpos, como mandan lo cánones y autoriza la Santa Iglesia, pero mira por dónde, después de la primera vez si te vi no me acuerdo. Eso de hacer el amor pasó a ser tiempo verbal en singular y pasado. Mientras él se desfogaba en un minuto escaso yo me quedaba a dos velas y aquello del placer pasó a ser una utopía más en mi vida. Mi Manolo cambió de forma radical. No le quiero ni decir, el día que dio gatillazo, la somanta de palos que me dio. Ya ve usted, qué culpa tenía yo de que él se viera herido en su masculinidad. A partir de entonces, supongo que ya había sido antes, se gastaba parte de la paga en fomentar la existencia del oficio más antiguo del mundo, así va el mundo, y lo dejaremos con ese apelativo aunque con cuatro letras le hubiéramos dado su nombre sin tanto rodeo y arreglado, y el resto del dinero en sus juergas con sus amigotes. Y luego resultaba que la malgastadora era yo, que no sabe usted los suelos que habré fregado para poder comer y, encima, cuando no estaba la comida a su gusto, la utilizaba de crema corporal. Por mi cuerpo, claro.

¡Lo que tendrá que aguantar una!

En estas cosas del amor la razón es tozuda e insiste en intervenir para enmendar la situación

y reconducir a la parte amada que no se aviene a correspondernos, y la mía luchó de forma denodada por hacer que me quisiera, como yo lo quería, hasta que a fuerza de trastazos me obligó a dejar de amarle y, aunque no se lo crea, en algunas ocasiones todavía lo recuerdo con cariño, olvidando las cicatrices que me ha dejado en algunos lugares de la anatomía y muchas más en el interior, en esa parte del vacío que llamamos alma, porque hubo un tiempo en que fue lo más importante de mi vida y eso nunca se olvida, como las nanas de una madre y el beso de un hijo. Pero ya ve, me salió rana y ya no puedo luchar más. Necesito marcharme de su lado y buscar un poco de esa felicidad que un día pensé que podría conseguir a su lado.

Hay que fastidiarse con eso de que el matrimonio debe ser para toda la vida, y yo fui educada para eso y además me lo creí, pero la vida, con su dureza de cada día, se encarga de hacernos ver que aquí, al menos, nada es eterno y en este momento necesito su ayuda para deshacer una unión que me hubiera gustado que fuera para toda la vida.

¡Con lo que yo he querido a mi Manolo y que me haya salido tan borde! Es que con el que sale así no se puede hablar, ni dialogar, ni razonar, ni nada de nada y muchos días la única salida que queda es tirarse por una ventana o coger el mortero y abrirle la cabeza de un trastazo. Menos mal que Dios me ha dado resignación y siempre un poquito de ilusión de que las cosas irían a mejor.

Y aquí es donde entra usted en mi vida porque yo quiero divorciarme pero debo ponerlo primero en su conocimiento y que vaya preparando la orden para ponerme vigilancia porque cuando mi Manolo se entere me mata si me coge y entonces además de darle a usted trabajo se lo daría también al forense, que tendría que ir a mi levantamiento.

Podría extenderme, que la carta fuera pormenorizando en este trasiego desgraciado que es mi vida, poniendo en una línea tras otra cada vejación que he sufrido pero creo que no es necesario. Ahora lo dejo todo en sus manos y espero sus noticias.

Es gracia que próximamente espera recibir de su generosa persona una mujer que un día lo hubiera dado todo por amor y a la que sólo le queda la esperanza.